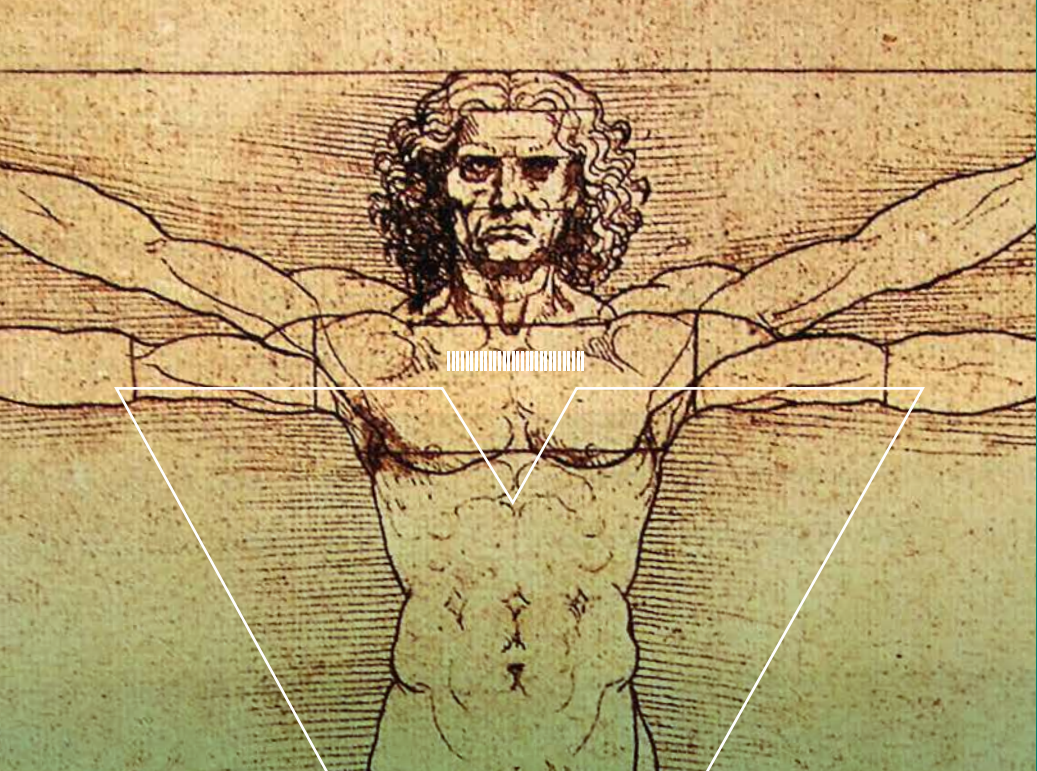




CUANDO LOS CUERPOS RECUERDAN

JOSÉ FABIÁN
ELIZONDO GONZÁLEZ


EDITORIAL
UCR

CUANDO LOS CUERPOS RECUERDAN

JOSÉ FABIÁN
ELIZONDO GONZÁLEZ



EDITORIAL
UCR
2024

CC.SIBDI.UCR - CIP/4063

Nombres: Elizondo González, José Fabián, 1987- , autor.

Título: Cuando los cuerpos recuerdan / José Fabián Elizondo González.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2024.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-125-8** (rústico)

Materias: LEMB: Novela costarricense. | Literatura costarricense.

Clasificación: CDD CR863.5 –ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2024.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

ÍNDICE

V	xi
LOS LABORATORIOS VÍCTOR STEIN	3
LOS VICTORIANOS	19
LA GRANJA	37
NÚCLEOS	55
<i>RECORDARI</i>	77
LA VOZ QUE NO RESPONDE	97
EL ENCUENTRO	109
LAS SINAPSIS	129
EL ORIGEN DE LA DESIGUALDAD	151
PROMETEOS (DES)ENCADENADOS	171



En cada pesadilla el rostro ejecutante del Doctor cambiaba antojadizamente, como un ente de mil rostros familiarmente anónimos.

LOS LABORATORIOS VÍCTOR STEIN

—¿Robert?

—Sí... —pareció contestar una voz distraída que emanaba desde el sótano.

A pesar de que la voz era apenas perceptible, su tono mecánico indicaba que Robert estaba contestando más una pregunta de sí mismo que de su interlocutor.

—¿Estás otra vez leyendo esos libros? Creo que es hora de hacer una pausa —invitó la voz impacientemente.

Este representaba el tercer intento de abstraer a Robert de su trance.

—Robert, ¿me escuchaste?

—Sí, libros...

—Creo que es hora de dejar esos libros por el momento y encaminarnos hacia la Clínica de la Consciencia. Ya se nos

está haciendo tarde. Víctor nos debe estar esperando con ansias. Es la primera vez que te verá después de...

—¿En serio tenemos que ir hoy? Justamente hoy —la voz se manifestó con más fuerza al acercarse a la puerta del sótano.

La pausa se hizo evidente al escuchar el cuerpo de Robert recostarse al umbral que lo separaba del resto del mundo. En contra de sus deseos, la voz continuó.

—Con más razón tenemos que ir hoy. Sí, justamente hoy. Es la primera vez que Víctor te verá después de...

—¿Y no puedo ir solo? No necesariamente me tienes que acompañar.

—Es mejor que te acompañe. Sé que tienes mis recuerdos y crees tener una idea de lo que vas a sentir, pero como es tu primera vez en este cuerpo, creo que lo mejor será que yo esté ahí.

—¿Podemos ir mañana? Hoy no me siento bien, para serte sincero.

—No queremos terminar como los Humanos—U; así que no. No hay opción.

—Otra vez con la misma historia...

—No es ficción. Te lo juro que vi con mis propios ojos lo que les pasó. No quieres ese futuro ni en tus peores pesadillas. Robert...

—¿Qué?

—¿Ya nos podemos ir? Sé que estás haciendo tiempo para salirte con la tuya y perder nuestro turno en la Clínica.

—Pero en serio no me siento bien. Hay algo en mis uniones como que...

—¿Palpitan?

—Sí, pero arden —confesó Robert con recelo al levantarse su camiseta holgada y ver sus palpitantes llagas que corrían por toda la circunferencia de su brazo derecho a la altura del codo.

La sangre que bombeaba en estos capullos epiteliales parecía moverse al ritmo eléctrico de bancos completos de medusas de color lapislázuli.

—¿Cómo que arden? Robert... ¿Estás bien?

—No sé, es como si quisieran desprenderse.

—Si abres la puerta, yo podría verlas mejor —insistió la voz esperando no ver ninguna sorpresa en las uniones de Robert, al menos no hoy—. ¿Le preguntaste a tu amigo? Puede que él sepa algo.

—Me dice que no puede hablar hoy. Stein lo tiene ocupado con una tarea importante. Mejor me quedo acá, solo..., tranquilo. No te tienes que preocupar. Tengo muchísimos libros fascinantes que ustedes no han leído. ¿Sabías que hay varios libros de un tal Fernando Contreras? Es interesante ver cómo él pensaba que iba a ser el futuro, ahora que estamos en él.

—Robert...

—Está bien... —dijo a regañadientes mientras abría la puerta—. ¿Ves?

—Hmm... Pero tus uniones se están... moviendo –trató de contener el pánico la voz inquisidora.

—¿Qué?

—No, nada. Yo las veo bien. Sí, puede que parcialmente inflamadas. Con más razón debemos ir a la Clínica hoy. Así sabremos qué es específicamente lo que está sucediendo, si es que hay algo que esté sucediendo. ¿No crees?

—¿Tengo opción? Creo que no.

* * *

¡Bienvenidos a la Clínica de la Consciencia de los Laboratorios Víctor Stein!

Es un honor contar con su presencia hoy. Gracias por escogerlos como su única y más confiable opción para el mantenimiento de sus sinapsis. ¡La interconexión consciente es nuestra pasión! Para celebrar el tricentenario del primer nacimiento *consciente* en la historia de la humanidad, los Laboratorios Víctor Stein han decidido celebrar con ustedes como nunca. Por ello, hemos desarrollado un breve video explicativo de nuestra evolución como especie humana en las manos de nuestro fundador, el Doctor Víctor Stein. Por el momento, disfruten del video y esperen su llamada. ¡La interconexión consciente es nuestra pasión!

Han pasado aproximadamente 300 años desde el primer nacimiento consciente en el planeta Tierra. ¿Pero qué nos llevó a este hito? Dada la catástrofe mundial ecológica del 2050-2100,

en donde las sociedades sobrevivientes perdieron su capacidad reproductiva al estar expuestas a químicos para enfriar los océanos artificialmente, los habitantes debían asegurarse la continuación de sus consciencias, ya que habían decidido prematuramente eliminar las fronteras entre los antiguos países y que el poder y peso de cada sociedad dependería directamente de la longevidad y progeñe de las personas en dicha sociedad. Es decir, las sociedades cuyos habitantes vivieran más años podrían retener y ensanchar sus patrimonios al apoderarse de aquellos cuyos dueños perecieran.

Finalmente, para sorpresa de toda la comunidad científica, todas estas personas, incluyendo a los mismos científicos, habían desarrollado un impar noveno lóbulo cerebral, el cual se nombró el Neolóbulo, o Tercer ojo (como se le conoce popularmente hoy en día). Este se empezó a estudiar al ver los cambios fisiológicos protuberantes en la frente de las personas, los cuales eran indicativos de una masa similar a la de un ojo cerrado que inexplicablemente era capaz de moldear el cráneo de un humano adulto. Es así como el Doctor Stein inicia una serie de experimentos para encontrar el secreto de la vida eterna, esto con tal de prolongar la vida de quienes desinteresadamente colaboraban con donaciones en sus estudios y ensayos.

Los primeros experimentos, denominados Humanos A-J, fueron cinco generaciones de intentos por recopilar la consciencia humana de un recipiente, o cuerpo físico, y transferirla a un nuevo contenedor. Estas pruebas incluyeron el trasplante del Complejo-R, también denominado “Cerebro reptiliano”, cuyas partes se componen del cerebelo y tronco encefálico. El Doctor Stein quería comprobar la hipótesis de que la consciencia humana se podría albergar en la sección

más primitiva del cerebro. Desgraciadamente, todos los voluntarios perdieron su vida, ya que ninguno de los trasplantes resultó compatible con la vida. Al parecer, al separar el cerebelo y adjuntarlo forzosamente a otro cerebro, el cuerpo del receptáculo parecía entrar en un estado cata-tónico autodestructivo, en donde los cuerpos levitaban y se autoconsumían ante los ojos de los científicos espectadores.

Los estudios sobre este nuevo lóbulo vagamente proponían alcances sobre su histología, pero eran relativamente muy escasos sobre su neurofisiología. La información recabada apuntaba a que los tejidos de este lóbulo se entretejían con moléculas metálicas, las cuales no renegaban la exposición a corrientes eléctricas de bajo calibre. La hipótesis del por-qué se podría encontrar elementos metálicos en el tejido de los surcos y giros del cerebro, o circunvoluciones, parecía fundamentarse en la misma premisa que había dado lugar inicialmente al mismísimo Neolóbulo: una modificación del material genético a raíz de la crisis ambiental y las prácticas tecnológicas de la época. Con la llegada de los lentes de contacto inteligentes, amalgamados permanentemente a las córneas, los humanos empezaron por introducir en sus ojos metales debutantes extraídos de los océanos y componentes foráneos encontrados en los restos de la lluvia de meteoritos, que tuvo lugar el 22 de diciembre del año 2025.

Después de la generación de experimentos A-J, llegaron los Humanos K-T. Al saber que los tejidos metálicos del Tercer ojo reaccionaban positivamente ante las corrientes eléctricas, estos científicos idearon su siguiente hipótesis. De cargar eléctricamente este nuevo lóbulo lo suficiente hasta lograr llegar a su punto máximo de tensión, se podría intentar conducir toda esta corriente eléctrica a otro Tercer ojo humano y

determinar si la consciencia humana podría almacenarse y transferirse de un receptáculo a otro sin la necesidad de una cirugía, con tal de no repetir las equivocaciones anteriores.

Fue en este momento cuando el equipo investigador decidió utilizar los cuerpos de las personas en situación de calle, quienes gozaban de un sistema inmune superior. A pesar de las modificaciones y los ajustes que realizaron con cada par de individuos, al cargar eléctricamente el Neolóbulo de los voluntarios, tanto quien generaba como quien recibía la carga parecía sufrir de una situación que no había sido vista en las fases anteriores de exploración: una total y completa lobotomía eléctrica permanente causada por el intento de realizar la transmisión de consciencia.

Era claro que muchas preguntas todavía no tenían una respuesta en el momento, por ejemplo, ¿qué era lo que estaba fallando? ¿Era la carga eléctrica acaso el causante del fracaso en este experimento? ¿Se debería utilizar una carga menos potente o una más potente? ¿Se debería esperar algún tipo de lapso entre la carga de un Neolóbulo y la posterior descarga de esta en el nuevo receptáculo? ¿Será que la edad del receptáculo tenía alguna influencia en la recepción de la electricidad recabada?

—¿Por qué estarán tardando tanto? —increpó Robert mientras esperaba escuchar el nombre de su núcleo en el altavoz de la Clínica.

—Nunca habíamos esperado de esta forma. Pronto hablamos con Víctor. Esto es inaceptable. Y más sabiendo él que esta es tu primera sesión de mantenimiento.

—En tus recuerdos puedo ver que la espera era de menos de un minuto. Como soy nuevo en esto, no sé si las cosas cambian tan aleatoriamente sin avisos previos. ¿O sí?

—No, Robert. Algunas cosas en este mundo no cambian, ni deberían hacerlo. Desde hace muchísimo tiempo todo dejó de ser tan incierto. Irónicamente, en gran parte debido a la información que está en el video sobre Víctor. Pero, honestamente, no recuerdo la última vez que sentí esto que estamos experimentando hoy: ansiedad e impotencia. Y te confieso algo: no me gusta el sentimiento.

Finalmente, el Doctor Stein llega a la tercera fase denominada Humanos-U, la cual fue el antes y el después de la raza humana para todas las personas involucradas en el mundo científico. Debido a todas las preguntas que habían quedado como misterios sin resolver de la etapa número dos, el equipo decidió implementar una técnica que en ese momento pudo haberse considerado extrema: la utilización de cuerpos humanos en las salas de hospitales. Para esta etapa, los sujetos se eligieron muy puntualmente: se encontraban en situación de muerte cerebral, o llamada popularmente “estado vegetal”, en donde la persona no mostraba rastros de un retorno a su vida normal...

Y el video siguió narrando la historia de los Humanos-U en el fondo, mientras que Robert y su guardián continuaron su discusión, un poco más acalorada. Robert se mostraba inquieto al mecer ansiosamente la banca de espera con su pie derecho.

—No sabía que existían esas emociones... Al menos no eran sentimientos que sentí transferidos a nuestra consciencia familiar hace un año exactamente. Al menos todavía no. ¿Los sentimientos se debían transferir completamente hace un año o para eso estamos acá?

—Víctor nos había dicho que tus sesiones anuales eran de mantenimiento.

—¿Entonces?

—No sé...

—¿Hay algún problema...?

—Mejor no sigamos con conjeturas. ¿Está bien?

—Pero...

—Robert, a veces es mejor no preguntar, ni sentir... ni pensar —se dijo para sí mismo.

—Quiero saber si hay algo malo conmigo. Eso es todo. ¿Por qué no me puedo hacer esa pregunta? ¿Es tan deplorable que cuestione la obra maestra que somos? ¿Es improbable que de todos los Humanos-V algo no calce conmigo? Estadísticamente hablando siempre hay márgenes de error, ¿o me equivoco?

—No digas eso. ¿Por qué habría de sucedernos a nosotros algo así?

—¿Por qué las reglas naturales no nos aplicarían a nosotros?

—Creo que estás siendo demasiado dramático. En el camino hacia la Clínica aclaramos el tema de los recuerdos; tal vez

los sentimientos tengan otra explicación similar. No creo que sea necesario hacer una tormenta en un vaso de agua.

—Ni agua decente dejaron en este mundo —reclamó Robert sarcásticamente entre dientes.

—Robert...

—Además, no entiendo por qué estos videos y las clases de historia siempre me suenan a propagandas políticas.

—Pero son recuentos históricos...

—Sí, ajá. Pero desde un lado de la historia. ¿No crees?

—¿A qué te refieres?

—A que este video y lo que discutimos en clase usualmente contempla como verdad absoluta e historia objetiva lo que ciertos grupos en el poder querían que se observara como la norma.

—Pero así lo recuerdo yo...

—Lo sé... Puedo verlo vívidamente.

—¿Entonces?

—Me parece que uno no puede creer a ciegas todo lo que piensa, y mucho menos lo que la sociedad quiere que pensemos. La experiencia de vida de un individuo o grupo no representa la verdad para el resto, ¿o sí?

—Bueno, pero si la mayoría lo creemos, ¿qué mal hay en eso? ¿Qué tiene de malo transmitir el conocimiento histórico de lo que fue verdad para mí?

—Yo no dije que eso fuera malo.

—Lo insinuaste...

—Hmm... Lo malo radica en restarle visibilidad al resto; anularles su existencia. ¿Dónde están sus versiones de la historia?

—Si no las conocemos ni sabemos dónde están es porque muy probablemente no eran relevantes en su momento.

—¿Y ahora?

—¿Cómo “ahora”?

—Sí, ahora. Yo no sé si podrían ser relevantes porque no existen. Sus historias se erradicaron; así como se deshicieron de las personas en las calles.

—Robert..., eso no fue lo que pasó. Ellos se inscribieron en el proyecto como voluntarios. ¿No viste el video?

—Con más razón pienso lo que dije. Este video no incluye la perspectiva de nadie más que del grupo en poder. ¿O me vas a decir que nadie nunca se opuso a todo esto?

—Pues sí, pero eran personas en situación de pobreza que no podían acceder a los procedimientos. Se le podría llamar selección natural, ¿no? O sea, estaban en desacuerdo porque no podían mantenerse con vida sin los procedimientos de Víctor. Pero tú sabes lo que Justine y yo entregamos para poder costear nuestras transferencias... y la tuya.

—¡No puedo creer que acabaras de decir eso! —el exabrupto se vio interrumpido por un dolor agudo en las uniones en el brazo de Robert.

A lo que su guardián pudo reaccionar cubriéndose su boca en asombro y desasosiego al ver las azules protuberancias en su progenie.

Y así es como el maravilloso Doctor logra el primer nacimiento del Humano-V...

Estimados pacientes, mil disculpas por interrumpir la transmisión del video del tricentenario de nuestro primer nacimiento consciente. Les solicitamos a los miembros del núcleo JTAP-212 pasar a la Sala 2, en donde pronto iniciaremos con su mantenimiento anual de las sinapsis en sus uniones. ¡Que sigan disfrutando del video! La Clínica de la Consciencia de los Laboratorios Víctor Stein les recuerda que la interconexión consciente es nuestra pasión.

Tratando de mantener su compostura, ambos continuaron con su conversación:

—Después aclaramos esto. ¿Está bien? Vamos, que nos están esperando y estás con dolor.

—Estás siendo esquivo.

—Pensé que estábamos contentos con la posible respuesta a todo esto después de lo que veníamos discutiendo de camino. No sé qué más decirte, la verdad.

—¿Tal vez que no tienes idea de lo que me está sucediendo?

—Pues sí y no. A lo mejor nada te esté sucediendo.

—¿Tendrá esto que ver con la falta de acoplamiento que he sentido en mis brazos? Hay días en los que siento como si

no fueran míos. Por más que intento hacer los ejercicios para fortalecer las uniones, siento que mis brazos nunca quisieron ser parte de mi cuerpo.

—No creo, pero... ¿de dónde sacas esas ideas?

—Mírame a los ojos. Quiero verificar algo simple.

—¿Para qué? —intentó confirmar el guardián de Robert con sospecha en su rostro.

—¡Mírame a los ojos nada más!

**Les solicitamos a los miembros del núcleo JTAP-212
ingresar a la Sala 2. Ya vamos a iniciar con su
mantenimiento anual de las sinapsis en sus uniones.**

—Vamos —se dirigió el guardián hacia el suelo sin hacer contacto visual.

—Me duele cuando me mientes.

Con una conversación incómodamente inconclusa, tanto Robert como su guardián cruzaron el umbral de la Sala 2. Esta era la primera vez que Robert ponía pie dentro de una sala de la Clínica de la Consciencia después de su exitosa transferencia. Qué incómodo se sentía volver a un lugar inciertamente conocido. A pesar de que el rostro inmutable del Doctor Stein se repetía como sueño protagonista en la mente de Robert durante las noches de luna nueva, al caminar hacia el consultorio, el mismo rostro, ahora sin características definidas, parecía esperar a sus pacientes ansiosamente mientras que algunos disparatados destellos de luz cobalto se detonaban en el ambiente. Al ver la confusión

expresa en el ceño de Robert, su guardián estiró su mano hacia la de Robert, como una señal de tregua, con el fin de apaciguar su implícita agitación emocional. No obstante, inclusive sin haber logrado concretar una cercanía a su tacto, Robert ya había retirado su mano con prisa del agarre silencioso. Robert presentía que su guardián sabía algo más de lo que quería revelar.

Las luces a la distancia traían recuerdos primitivos del primer día que existió en la tierra; su Neolóbulo reclamaba atención. Con un dolor agudo, como un pensamiento rumiando una pobre decisión, el Tercer ojo de Robert parecía palpar en agonía con el estallar de las luces que le daban su bienvenida. La sangre que bombeaba hacia la mitad de su frente sabía en dónde se encontraba el recipiente encargado de transportarla. De no saber que esto era físicamente imposible, Robert hubiera pensado que toda la sangre en su cuerpo se estaba acumulando rápidamente en su Neolóbulo y que, de no detenerse, su rostro estallaría en medio pasillo antes de reencontrarse cara a cara con el Doctor Víctor Stein, quien –sin moverse en el fondo de la Sala 2– pacientemente miraba a Robert caminar hacia él.

Contrario a la realidad, todo había parecido ser un objeto de la imaginación de Robert, ya que al salir del pasillo e ingresar al consultorio de la Sala 2, la prístina y tecnológica ambientación no se asemejaba en nada a lo que la mente de Robert había percibido momentos atrás. Un cuerpo robusto con un rostro amable se erguía frente a él. Aunque con una mirada ausente, los destellos eléctricos cerúleos solo se encontraban dentro de las pupilas del Doctor Stein y no reventaban por doquier, cuales descargas nebulosas.

—Nos volvemos a encontrar —articuló sobriamente el Doctor Víctor Stein al ponerse de pie para recibir a sus pacientes mientras extendía sus desproporcionadamente grandes manos en señal de acogimiento.

No hubo respuesta por parte de Robert. Como en cámara lenta, él sintió su cuerpo desvanecerse en una cortina eléctrica que lo recibía cómodamente mientras flotaba en el aire alimentado por las palabras del Doctor. En su mente, las pupilas radiantes del rostro recurrente en sus sueños recorrían su cuerpo y sus recuerdos hasta incapacitarlo de cualquier pensamiento o movimiento, y se rendía ante su sumisión para perderse en su enajenada consciencia.

LOS VICTORIANOS

—Señora, ya el transporte hacia el aeropuerto se encuentra en las inmediaciones. El Agente 1 tiene la indicación de escoltarla al *jet* y acompañarla durante su viaje. Me informan que el tiempo de vuelo aproximado es de cinco horas y treinta minutos. En su dispositivo ocular podrá encontrar los detalles de la agenda que usted me solicitó. Ya esta fue compartida con todos los Victorianos con autorización para este evento.

—¿Cinco horas y treinta minutos?

—Sí, desafortunadamente el acceso a la Zona Agraria está permitido exclusivamente por medios y métodos antiguos, esto para no alterar el ecosistema local.

—¡Es una broma! Lo sé... Eso tenemos que mejorarlo para la próxima visita. Cada año olvido lo desesperante de la duración de ese viaje. Por favor incluir en nuestra futura agenda con los Victorianos Centrales alguna modificación al reglamento de visitas de la Zona Agraria. Ya es hora de probar nuevas tecnologías de acceso.

—Entendido. Anotado, señora. ¿Hay algo más en lo que la pueda ayudar?

—Sí... ¿Qué noticias tenemos del personal en la Granja?

—Todos los preparativos están listos para su visita. Hoy deberían mostrar la subsanación de las observaciones realizadas en la visita anterior. Al hablar por correspondencia con la Encargada 200, esta me indica que no debería haber sorpresas durante la inspección.

—Eso sería una primera vez. No quisiera tener que buscarle un reemplazo y tener que entrenar a la Encargada o Encargado 201. Además, no es un trabajo complejo. ¡Es una granja! ¿Estamos de acuerdo en que no hay mayor dificultad en mantener a animales salvajes en un perímetro?

—Sí, señora. De hecho, ella me indica que buscar su reemplazo podría no ser necesario. No hasta que usted sea quien audite su gestión. Su selección de palabras indicaba seguridad en su accionar en este último año.

—Hmm... ¿Y por qué lo dice?

—Para no ser parcializado, en sus palabras, la Encargada me expresó que, leo textualmente, “la implementación de algunos cambios en la segregación de los animales ha tenido un gran impacto en el adecuado manejo y control de las especies”.

—Eso me tocará a mí juzgarlo, pero me gusta esa actitud. Por lo menos confía en lo que hace.

—Sí, señora. Al menos eso es lo que parece, pero algo me dice que los cambios que implementó fueron más allá de lo

que nos reporta. Creo que se está guardando alguna información vital para la visita *in situ*.

—En ese caso, necesito más personal para el evento. El Agente 1 resultaría insuficiente para ayudarme con la tarea. Las expectativas de esta visita anual nos trascienden a todos nosotros. Créame que hasta el Doctor Stein va a querer saber de lo que observemos hoy.

—¿El Doctor... Stein? Sí, señora. Ya entendí la seriedad de la tarea. Así las cosas, lo mejor sería contar con más presencia Victoriana.

—Excelente. Necesito que cada inspector Victoriano con autorización nivel 3 que se encuentre en este edificio nos acompañe inmediatamente.

—Entendido. ¿Se relevan de sus funciones?

—Exactamente. Instituya el código *Lavenza* con efecto inmediato. Quiero ver a todos los Victorianos nivel 3 reportándose en menos de cinco minutos.

—¡Listo! Código *Lavenza* instituido. Ya todos deben de estar por llegar. De mi parte, solo queda desearles lo mejor en este viaje. Los estaremos esperando.

—Muchas gracias. Yo no sé qué esperar. Los Encargados han dejado mucho que desear. Esperemos que la Granja esté en sus mejores condiciones. Se puede retirar.

—Entendido. Por cierto, ya se encuentran presentes los Victorianos convocados. Los dejaré pasar.

—¡Enhorabuena! Pasen adelante. Gracias por atender al llamado urgente. Como ustedes saben, el código *Lavenza* no se utiliza con ligereza.

—¡Sí, señora! —exclamaron las voces en unísono.

—Estamos ante un evento anual sobre el cual hay muchísimas expectativas —continuó la Victoriana a cargo de la operación mientras detenía su mirada en cada uno de los Victorianos que tenía al frente—. Considerando la catástrofe del año pasado, cuando cientos de especies fallecieron por su comportamiento rebelde, es determinante que la visita de hoy a la Zona Agraria transcurra con el mayor respeto por los protocolos, para evitar cualquier situación comprometedora.

—¡Sí, señora! —exclamaron las voces en unísono una vez más.

—Cada uno va a tener una tarea específica al llegar a la Granja. Según me informan, puede que debemos subdividirnos en equipos para analizar las propuestas de cambio implementadas por la Encargada 200. Por alguna razón, parece ser que la separación de algunas especies ha contribuido al mejor manejo y control de estas. Lo que esto signifique se sale de mi control. Por eso, no sabremos cómo abordar la situación hasta poner pie en las inmediaciones.

—Señora, ¿qué se sabe de los índices de muerte y autodestrucción en nuestros seres salvajes? ¿Cómo les ha afectado este cambio? Pueden estar más controlados, pero al fin de cuentas cada ser salvaje es por naturaleza substancial para nuestra supervivencia. No es como que podamos desechar a los seres salvajes por un experimento más de un Encargado de paso —cuestionó el Victoriano con autorización 3 que

no se mostraba satisfecho con los supuestos cambios que estaban tomando lugar en la Granja.

Para el resto de la organización era molesto contar con alguien que siempre se obsesionara con estos temas. A pesar de que Félix fuera su nombre, la mayoría de sus colegas se referían a él como “Ser Salvaje” debido a que él se negaba a la utilización de la palabra “bestia” o “animal”. Esta visión reduccionista de las especies no resonaba con su conciencia moral. Félix defendía el bienestar de los seres salvajes y sus derechos, inclusive cuando nadie más lo hacía.

—Ser Salv... Félix, gracias por su oportuna intervención. Todas esas preguntas se las puede realizar a la Encargada 200. Le recuerdo que no tenemos jurisdicción sobre lo que sucede en la Granja; exclusivamente estamos para realizar las inspecciones y verificar que la operación siga en marcha sin contratiempos.

—¡Sí, señora! —exclamaron las voces en unísono una tercera vez, pero sin la participación de Félix.

—¿Alguna otra pregunta? ¿Félix?

—¡No, señora! —indicó Félix inconforme mientras repasaba las uniones en su antebrazo izquierdo por encima de su uniforme.

—¡Entonces, estamos listos! Victorianos, los espero en el primer piso para partir de inmediato. Se pueden retirar.

—¡Sí, señora!

Mientras Félix bajaba por el ascensor hacia la recepción de las oficinas centrales de los Laboratorios Víctor Stein, un

pensamiento carcomía su concentración: cómo contendría sus reacciones al encontrar algo inesperadamente cruel en las instalaciones de la Zona Agraria. Las palabras que se utilizaron en la breve sesión de información dejaban mucho a la imaginación. Además, la manera en la que sus cuestionamientos fueron desestimados le parecía indicar que ni los altos mandos sabían las condiciones reales en las cuales se encontraba la Granja. A pesar de que él tenía acceso a algunas de las imágenes que provenían desde la Granja, él no podía observar con lujo de detalle lo que sucedía cada día, ya que su acceso estaba permitido para vigilar el perímetro exterior de la Zona Agraria únicamente, y no el interior o lo que sucedía en la Granja como tal.

Para Félix, era inaudito que la vida y el bienestar de estos seres estuvieran en manos de una persona, a la cual se le daba toda la potestad para regir sobre sus vidas; más aún cuando el mismísimo Doctor Stein dependía de la existencia de estas criaturas para mantener su Clínica de la Consciencia en funcionamiento. De no ser por ellas, la sociedad actual habría dejado de existir desde hacía cientos de años.

Al ver los números del ascensor acercarse a la recepción, Félix lamentaba no encontrarse en algún puesto jerárquico mayor. En su rango actual, él sabía que no era su lugar emitir directrices y denegar cualesquiera de las decisiones tomadas por la Encargada 200. Ni tan siquiera su jerárquica superior poseía esas capacidades. Desde sus inicios como Victoriano con autorización de nivel 1, Félix entendía que el trabajo realizado en su departamento se especializaba de manera exclusiva en el mantenimiento adecuado de la Clínica de la Consciencia y el perímetro externo de la Zona Agraria. Las funciones de todos los Victorianos

de esta sección se enfocaban en asegurarse que la Clínica contara con los insumos adecuados para su funcionamiento, pero no en la producción o manufacturación de estos.

Asimismo, era su trabajo prevenir cualquier incidente que pudiera afectar las actividades principales de la Clínica: la transferencia de consciencia y las sesiones de mantenimiento anual de las sinapsis en las uniones de todos los pacientes. Un error en el más mínimo componente de dicho procedimiento podría exponer al paciente a experimentar anomalías sinápticas, lo cual no había vuelto a suceder después del descubrimiento del primer Humano-V.

Sin embargo, para Félix, su preocupación no recaía en la parte técnica de sus funciones, sino en el manejo de los otros seres vivos. Su impotencia al no tener control o voz y voto sobre el destino, cuidado y alojamiento de dichos seres se volvía evidente en cada una de las visitas a la Zona Agraria.

Las imágenes de cada visita se tatuaban indeleblemente en la memoria de Félix; los ruidos, los olores, los llantos, el hacinamiento, las miradas penetrantes que en silencio deletreaban *libertad* impedían el sueño constante de su inspector. En estas fantásticas e interrumpidas realidades oníricas, Félix pretendía iniciar, de manera secreta, contacto con los seres salvajes, pero siempre que uno de estos seres intentaba producir algún tipo de sonido o seña para comunicarse, Félix se encontraba rodeado y descubierto por los otros inspectores Victorianos, quienes lo delataban ante las más estrictas autoridades. Estas pesadillas solían terminar con un juicio vulgarmente mediático, seguido de la imagen del Doctor Stein que colocaba su mano sobre el Neolóbulo de Félix e imponía una carga eléctrica tan violenta que lo hacía despertar del dolor.

En estos sueños, Félix sentía la presencia del Doctor Stein, a pesar de que su apariencia fuera muy disimilar a la que él conocía. De manera arbitraria, en cada pesadilla el rostro ejecutante del Doctor cambiaba antojadizamente, como un ente de mil rostros familiarmente anónimos. En algunos casos, este rostro carecía de su noveno lóbulo; en otros, en lugar de las cavidades oculares, Félix observaba remolinos que, cuales galaxias Andromedales, giraban en espiral hasta el infinito. Su complexión también sufría enormes transformaciones debido a la luz que el Doctor emanaba de sus extremidades.

Félix podía apreciar que una corriente eléctrica de color azul cobalto corría por las venas y arterias en el cuerpo de este creador. Desde la yema de sus dedos hasta los témpanos en la frente, esta luminiscencia hacía transparente la piel del Doctor, lo cual dejaba a la vista un organismo de luz con un cuerpo vacío y desprovisto de contenidos.

No obstante, esta pesadilla se tornaba todavía más tétrica cuando Félix podía observar a todo un equipo de Victorianos sin rostro y con su Tercer ojo iridiscente detrás del electrificante Doctor; todos lo observaban desde una formación circular en una sala de operación. Con un ritmo que parecía desafiar el tiempo, los cuerpos incógnitos se acercaban hacia él e iniciaban un ritual que Félix no podía describir más que con un llanto introvertido que lo ahogaba en lágrimas y palabras imposibles de enunciar. En las sombras y con el transmutar del rostro vacío del Doctor, los Victorianos tomaban un agigantado paso hacia la silla de operación, en donde cada uno secuestraba una parte del cuerpo de Félix para proceder, con ayuda de sus manos y dientes afilados por la carga eléctrica del entorno, la tortuosa tarea de desmembrarlo.

Con cada mordisco y rasgadura que Félix experimentaba en su cuerpo, el pánico se apoderaba de él cada vez más, lo cual inevitablemente culminaba en todas y cada una de sus pesadillas con un insonoro grito que era sofocado en cada decibel por la mano electrizante del Doctor, quien lo amordazaba con su luz hasta dejarlo caer en inconsciencia. Como si eso fuera poco, al quedar sometido por el Doctor, Félix era capaz de ver y sentir cómo los Victorianos volvían a su formación circular sosteniendo las extremidades extirpadas, mientras que la habitación perdía su color y forma.

En lugar de sangre, Félix notaba que de su cuerpo lacera-do emanaba un líquido que, al tener contacto con el suelo, producía chispazos de energía radiante y estos detonaban incontables destellos de luz lavanda. En la mirada perdida, agonizante, de Félix, estas luces parecían hacerle creer que él estaba flotando en una nube etérea, en donde no había dolor ni existencia.

Con lo que no contaba era con que su cabeza también había sido desmembrada, por ello Félix terminaba estos sueños al observar en tercera persona cómo su rostro se consumía en la cama magnética de energía malva, la cual él respiraba por sus fosas nasales hasta despertar con el respiro profundo de un impulso eléctrico.

Estas recurrentes pesadillas se repetían como un bucle interminable en la memoria y visión de Félix: de ahí que su apariencia reflejara este estado mental alterado. Sus sempiternas y pesadas ojeras de color cárdeno resaltaban el tono pálido en su piel; una piel tan tersa y delicada que reflejaba tenuemente la luz del sol ante los ojos de quien lo observara.

Un cabello oscuro, rizado y maltratado enmarcaba el rostro cincelado en forma triangular.

A pesar de las múltiples opiniones que Félix externaba en su diario vivir, un par de pequeñísimos labios ocultaban la constante y solapada mueca de incertidumbre y ansiedad ante el futuro. De la misma forma, sus lánguidas extremidades parecían obedecer reglas paralelas a la gravedad, ya que, por su falta de masa, estas casi flotaban en el aire, lo que daba la impresión de que Félix levitaba a donde fuera.

Para sus colegas, “Ser Silvestre” no solo era un apodo por las visiones políticas zoológicas del individuo en cuestión, pero era a la vez una representación gráfica de la complexión física del inusual ambientalista.

Esa era la imagen que Félix contemplaba al encontrarse frente a las cuatro paredes en el espejo del ascensor. En ellas, se podía observar también distintamente la presencia del resto de los Victorianos con autorización nivel 3, quienes vestían su uniforme blanco diseñado personalmente para cada oficial. Félix parecía más una aparición que otra cosa con este uniforme, al camuflarse entre las tonalidades blanquecinas elegidas, mientras que sus colegas parecían haber nacido para destacarse en él.

Félix trataba de no prestarle atención a la conversación que tenían los otros Victorianos en este tipo de situaciones, pero no pudo evitar volver a la realidad cuando escuchó decir que las bestias en la Granja ya no intentaban comunicarse entre sí, ni querían comer, y menos después de las nuevas implementaciones de segregación.

Para Félix, la gota que derramó el vaso fue escuchar que algunas de las especies hasta estaban muriendo de “soledad”, si se pudiera llamar así a la muerte correlacionada por la separación de las especies. Al ser testigo de tales aseveraciones, Félix no pudo contener sus impulsos. Con una voz que sonaba a suspiro, insistió:

—¿Pueden repetir ese dato? ¿Cómo saben ustedes del tema? Al parecer ni la jefa tenía una respuesta a mis preguntas...

—Miren quién decidió finalmente unirse a la conversación —se burló sarcásticamente uno de los Victorianos mientras volvía a ver al resto de sus colegas.

—Salvaje, a veces no hay que decir todo lo que uno sabe, ¿me entiendes?

—Ni tampoco hacer todo lo que uno puede.

—Qué pensamientos más profundos. ¿Están seguros de que ustedes son inspectores?

—Por cierto, no es muy cortés escuchar las conversaciones ajenas, ¿o sí, Salvaje?

—Solo escucha lo que le conviene.

—Cuando le conviene.

—De quien le conviene.

—Yo pensaba que él no tomaba en consideración lo que dijeran los mandos medios.

—¿O ya nos considera mandos altos?

—Un harapo como tú haciéndose pasar por Victoriano no debería de estar en nuestro mismo rango. ¿Quién le habrá dado el trabajo a semejante espantapájaros?

—¿Dorothy?

—O peor aún, ¿un mono volador?

—Qué referencias más añejas, Victos —así se llamaban los Victorianos entre ellos para dirigirse a sus pares cuando se encontraban en grupos.

—¿Y por qué te interesa tanto lo que suceda en la Granja?

—Seguro tiene conexiones o apuestas con la Encargada.

—¿Cómo? ¿Será que tanta pantomima de interés por los bichos esos es porque tiene apuestas que perder?

—Con razón tiene esas ojeras.

—Y ese cuerpo...

—Y el animal muerto que anda como “cabello”. Eso está vivo, ¿verdad?

—El que tenga dinero invertido en la Granja tiene más sentido que poseer una fijación enfermiza con las bestias.

—Eso por lo menos yo sí lo podría entender.

—Hasta replicar...

—Ey, pero ¿quién es uno para juzgar los fetiches de los demás?

—Victos, ya en serio. Esa idea no es tan descabellada. ¿Cuánto dinero hubiéramos ganado de haber hecho una apuesta el año pasado cuando hicimos la visita?

—¡Qué fallo!

—De igual forma, siempre terminamos desechando alguna bestia.

—O a algún Encargado.

—¡Exacto! Lo que no sabemos es el número.

—Creo que la vez pasada fueron más de cien. Bueno, solo las bestias que intentaron escaparse.

—Más las que hubo que matar ya por senilidad.

—O sea, por protocolo.

—Y las crías que nacieron defectuosas.

—O sea, también por protocolo.

—¿Y si hacemos una apuesta para esta visita? Tenemos cinco horas de vuelo para definir el número y lo que cada uno quiera apostar.

—Perdón, Salvaje. Nos desviamos de la conversación. En unas cuantas horas podrás confirmar si lo que dijimos al inicio es cierto o no con tus propios ojos —expresaron caprichosamente los otros Victorianos intentando provocar a Félix.

El puño en la mano derecha de Félix se contraía al escuchar la ligereza con la que todo esto les resultaba a los Victorianos presentes. Justo cuando su rebatimiento se había formulado exquisitamente en sus labios, Félix se quedó con una respuesta sin receptores, ya que el ascensor había llegado al primer piso; las puertas se habían abierto y ningún Victoriano se había quedado para escuchar lo que Félix tenía que decir.

Durante el viaje en el avión privado de la compañía, todos los Victorianos presentes repasaban el informe de la inspección a la Zona Agraria del año anterior. Desde sus dispositivos intracerebrales, con las imágenes de los eventos sucedidos en yuxtaposición con los gráficos y análisis entregados ante el Doctor Stein, los Victorianos eran capaces de estudiar hasta el más ínfimo detalle de su visita.

Entre los puntos por examinar en esta ocasión se encontraban las siguientes deficiencias observadas anteriormente: la creación de inventarios de las bestias disponibles, el manejo de los residuos, la sobrealimentación, las condiciones de hacinamiento, así como los aspectos técnicos de seguridad, tales como lo eran la prevención de fugas o intento de rebelión de las bestias.

Cada inspector usualmente se hacía cargo de un área de mejora en sus visitas, pero al escuchar que la Encargada 200 tenía sorpresas para las oficinas centrales, los Victorianos optaron por esperar a ver los resultados, para así después realizar una sesión breve de información en donde se subdividirían las tareas en el momento. Esta sería la última oportunidad para que la Encargada 200 demostrara sus competencias gerenciales al subsanar las áreas de mejora indicadas en la visita anterior. Así que todo estaba en juego para esta funcionaria.

En lugar de revivir las terroríficas imágenes de la visita anterior, Félix prefirió cerrar sus ojos y descansar por lo que faltaba de camino. Sabía que la carga emocional a la cual hoy podría ser expuesto pesaría fuertemente en su consciencia. El simple acto de que anunciaran “sorpresas” sobre el manejo de las bestias, aunado a los comentarios en

el ascensor sobre esto, pregonaba una visita estrepitosa en sentidos que ni Félix podía desentrañar.

Sumergido en un sueño profundo, Félix parecía estar reviviendo memorias ajenas a su realidad, una previa a su existencia. A través de lo que aparentaba ser un vidrio opaco gastado por su uso, los lugares, colores y olores se entregaban fácilmente a la visión testigo de Félix. Sin saber cómo ni por qué, él se encontraba sentado en un asiento roto tembleque en la parte trasera de un autobús. Este asiento permitía la visibilidad del resto de los pasajeros en este olvidado medio de transporte. Sus manos abrigadas por un par de guantes borgoña y el gorro blanco tejido sobre su cabeza le recordaban que hacía frío afuera. Era invierno. Poco a poco, se percataba de su ambiente. Los pasajeros extranjeros perdidos sin saber cómo utilizar una tarjeta de pago, los señores mayores cargando sus compras en el mercado chino, los que cuidaban sus preciadas pertenencias celosamente al ver a los indigentes abordar el autobús sin realizar pago alguno.

Un par de cubrebocas pisados violentamente en el suelo rechazaban su escape cada vez que la puerta del autobús les daba la bienvenida a sus pasajeros. Estos reflejaban el espíritu de la época, la pandemia del 2020. El par de mascarillas, que aparentemente nunca habían sido utilizadas, se paseaban con el viento y acariciaban los zapatos, o la falta de ellos, de los pasajeros del autobús. Indefinido era el tiempo que Félix invertía en seguir el destino de dichos cubrebocas, hasta que llamaron la atención de un pasajero, a escasos dos asientos de Félix, quien irrumpió la danza organizada de los transeúntes para recoger los cubrebocas y volver a su asiento.

Sin mucho recelo, este confirmó que sus dos tiras de ajuste estuvieran en su lugar para inmediatamente cambiar la mascarilla que llevaba puesta por una de estas trotamundos. Para cualquier otra persona, este acto podría considerarse una sentencia de muerte: el virus estaba en el aire; en los objetos contaminados con fluidos humanos, pisoteados por días y meses por caminantes sin sentido.

Félix alzó la mirada para observar a este intrépido. ¿Cómo no le tenía miedo a la muerte? ¿Qué clase de vida estaba subsistiendo para que una amenaza mortal directa significara tan poco en su cotidianidad? Con su rostro cubierto por vello gris, un cuerpo desprotegido contra el frío en una camiseta translúcida de algodón negro, un pantalón negro roto en las rodillas y un par de zapatos desgastados, el hombre presentaba más preguntas que respuestas en la mente nevosa de Félix.

Dentro de una bolsa plástica enorme y con visibles señas de forcejeo, el sujeto en cuestión substrajo otra bolsa plástica blanca. Esta era más pequeña; una bolsa que intrigaba a su poseedor. Con detalle, casi detectando patrones aritméticos en la superficie de la bolsa en realidad aumentada, el hombre de la mascarilla pisoteada tiraba pedazos de la bolsa en jalones bruscos vigorosamente, los cuales desprendían una infinidad de plástico, el cual cubría todo su cuerpo. Con el mismo ímpetu con el que desmembró la bolsa, el sujeto arrojaba cada uno de los remanentes por la ventana, despidiéndose efusivamente de cada uno de ellos; los había liberado del blanco plástico-colectivo.

Félix abrió la boca con la intención de decir algo..., pero era muy tarde. El liberador se había puesto en pie y había

solicitado al chofer del autobús que realizara la parada en la siguiente estación.

Al abrirse la puerta, no solo el hombre se había quedado petrificado en el umbral de la puerta de salida. Todos los pasajeros del bus miraban cómo, a su derecha, justo en la estación, una serie de tiendas de campaña estaban siendo consumidas vivamente por el fuego, que aunque cálido en el invierno, calcinaba media cuadra en el barrio, y con ella sus residentes nómadas. Los gases se confundían con los quejidos asfixiados. La manzana se vestía de rojo. El hombre, en el umbral del autobús, con una lágrima en sus ojos volvió a ver a Félix buscando respuestas. Él era el único que se había percatado de su existencia. Quizá sería el único interesado en su duelo; su pueblo evanescente entre las nubes oscuras del invierno.

En lo que pareció ser el paso del hombre hacia su nueva realidad fuera del autobús, todavía con su mirada fija en los ojos de Félix, él sintió que caía en un vacío infinito junto al hombre de negro. Mientras caían, lo que podía percibir era la misma escena una y otra vez: las tiendas de campaña encendidas en llamas, la mirada lúgubre del hombre sin nombre, el cielo gris cubierto de gases mustios y gritos de desesperación; la mirada cómplice de los pasajeros que se quedaron inmóviles –partícipes–, cada uno cómodamente observando el espectáculo desde la holgura de su asiento.

Para sorpresa de Félix, un movimiento repentino del avión lo devolvió a su realidad física. Todo había sido un sueño. El viaje estaba llegando a su fin: la Zona Agraria había hecho su aparición sublime.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

ACERCA DEL AUTOR

José Fabián Elizondo González. Tiene estudios en idiomas extranjeros, pedagogía y administración educativa. Trabaja como docente en la Escuela de Lenguas Modernas de la Universidad de Costa Rica, en donde aboga por la concienciación sobre las inequidades sistémicas en América Latina. Se encuentra cursando un doctorado en Psicología Educativa e Investigación en la Universidad de Kansas, EE. UU.

Corrección filológica: *Pamela Bolaños A.*
Revisión de pruebas: *Aneth Solís M. y Pamela Bolaños A.*
Diseño de contenido y diagramación: *Raquel Fernández C.*
Diseño de portada: *Boris Valverde G.* • Imagen de portada: "Photo of the Vitruvian Man by Leonardo Da Vinci-Illustration", Fotografía de stock del banco de imágenes libres de derechos, ID 3972688, Depositphotos.com, autor: janaka.
Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Abril, 2024.

En el año 2400, un adolescente descubre la verdad sobre los experimentos científicos de “transferencia de consciencia”, que ha permitido extender la vida de los humanos infinitamente al tener la potestad de transferir sus mentes, recuerdos y sentimientos a nuevos cuerpos cuando lo consideren necesario. Las implicaciones éticas desencadenarán una serie de conflictos en el personaje principal, quien con la ayuda de Félix, un aliado clave, encarará a la mente maestra detrás de toda esta operación mundial: el Doctor Víctor Stein.